

Después del nihilismo

Observaciones desde Heidegger, Nietzsche, Deleuze, Guattari, Foucault, Rorty

Dios ha muerto... Dios son todas las formas de tranquilizarnos opresivamente y subordinarnos a las exigencias de la ratio.

Ratio: es la vara que se pretende objetiva y de validez universal, que mide, evalúa, juzga y determina la vida de los sujetos.

También ratio, manipulación que hace una voluntad por medio de esta reeducación de la razón a sus funciones instrumentales y formales.

F. Nietzsche no es un nihilista radical... Nihilismo radical como “convicción de absoluta insustentabilidad de la existencia cuando se trata de los más altos valores que uno reconoce, sumado a la conciencia de que carecemos del mínimo derecho a postular un más allá o un en-sí de las cosas que pudiera ser divino o moralmente encarnado (F. N. La voluntad de poderío, 9)

F. N. no es (nihilabilidad) porque imputa su nihilismo a su tiempo histórico y como desenlace del tiempo socrático, platónico, judeo-cristiano y prolongado en la modernidad.

F. N. desde las primeras obras muestra la voluntad por conjurar el peso del compromiso histórico en la lucha por la autonomía del sujeto. Pero se trata en verdad de la autonomía

Buscar la autonomía, despojando al individuo de compromiso histórico, de ascetismo, idealismo y carga superyoica, puede conducir a la construcción posible de la autonomía... Pero queda el aditamento inmenso del paso del individuo, a la multitud (FAF).

Para F.N. ese traspaso se dará en la alternativa esteticista y extramoral, para romper con el rebaño de la ratio y abrir la subjetividad del sujeto a nuevas formas de vivir sus desarrollos vitales. (59) Pero habrá de ser el sujeto individual, el de la absorción dionisiaca...

Es bueno pensar como F. N. que debe romperse el rebaño de la “ratio”, pero se trata de centrar el rompimiento en la subjetividad del sujeto colectivo, de la multitud de los explotados quienes operaran las transformaciones de sus formas de vivir dispuestos a la revolución indispensable.

Esa multitud descubrirá que la construcción no está anulada en su propia naturaleza, sino que también le debe su sentido, al mundo objetivo en el que se desarrolla y desenvuelve...

Se trata de una destrucción de mitos, despojando al ser colectivo de ilusiones mágicas, sostenidas contra la ratio ... (ilegible) real, frente al nihilismo ideal nietzscheano.

F.N. piensa que el pensamiento crítico debe permitirnos apropiarnos de nuestro pasado, de toda nuestra genealogía y permitirnos así liberarnos de la esclavitud, del rebaño interior y confrontarnos con nuestra propia historia (67). Es la batalla crítica contra la ratio, la implantación de la negación nihilista, para buscar la autonomía del sujeto.

Deleuze y Guattari advierten a la ratio, a la razón misma como un delirio despótico, como una opresión excesiva de la voluntad de dominio y lógica operación de determinación de la rebañización del sujeto. El dominio de la sociedad capitalista industrial sobre el sujeto, su ratio dominante, es otra forma específica de delirio colectivo, que imprime sus desvaríos sobre los sujetos sometidos a su decisión histórico-social. Esta razón colectiva es de plenos resultados de sojuzgamiento, de aquello que M. Foucault explicaba con la fabricación de individuos-máquinas y lógicamente de proletarios explotados.

Se trata de delirio despótico, o simple condición de racionalización regulatoria sobre el ser-ahí, la ratio es siempre una manera de regir, instruir, ordenar al sujeto, es decir modular la subjetividad que será determinada.

Aquí es donde F.N. introducirá su concepto de destino trágico para resistir a la plena racionalización, establecer una brecha trágica que salve la disonancia entre la subjetividad del sujeto y la racionalización dominante en camino a la rebañización de ese sujeto.

Se somete a la integridad del sujeto a una revaloración ontológica, en tránsito abarcativo disolutorio; se apela en F.N. a la embriaguez dionisiaca que eleva al éxtasis del olvido, huyendo de toda desmesura de la conciencia moral en búsqueda de nuevas individuaciones. Se instala el nihilismo nietzscheano aquel que Zaratustra advertía como un mundo de signos del pasado recubierto por otros signos.

El nihilismo se percibe como crítica al mundo, pero más aún como la experiencia de quien realiza tal crítica, en búsqueda de individuación.

Toda la individuación nietzscheana, planteada contra la compulsión del rebaño, esa mediocridad igualitaria que vomita el nietzschismo, se debe dar como afirmación de la diferencia, entendida como otra advertencia distinta de la historia, en una conformación que no estaba dada. Contra la mediocridad igualmente del rebaño, de la ratio que eleva su rasero identitario, definido, limitante, para F.N. la libertad de espíritu se debe dar como diferencia que se enfrenta con la coerción de un poder normalizado al que hay que resistir... Frente a todo el supremo ser, ha de resistir... Es el individuo, con potencias propias que busca la libertad de su autoafirmación, lejos de cualquier fórmula de consolidación nacional. Nietzsche es fiel a la individuación helénica, aunque la deposite en la irracionalidad del furor dionisiaco, o de la fórmula ascética de una apolínea concepción singular... Siempre será el sujeto; casi diríamos la más vieja de las configuraciones socráticas, pero eludiendo la esclavitud... aunque se enfurezca con categorías subalternas como las del rebañismo advertible... Nietzsche sólo ... (ilegible) alguna vez señaló Rorty, pero no más allá..., una individualización recortada y subalterna posición idealista, aunque libertaria. Una utopía idealista suprema, del ser aislado de todo, hasta de Dios.

El ser así creído, no es, no existe, por más que el idealismo lo advierta y lo sostenga. Así se trate de Nietzsche y de su potencia mágica creativa. Ese ser solo existirá, vivirá, crecerá, si lo hace como parte de su existencia común y en tal comunidad su realización solo es también común, con los demás, con la multitud de explotados y de allí el antagonismo como potencia común y determinada, para transitar hacia autonomías edificables y así posibles.

Aquí resulta necesario pensar en el devenir nietzscheano y creer, aunque sea complejo, que ese devenir se expresa como una translación de perspectivas en el propio acto de pensar. Se produce así una categorización real del conocimiento que crea el aparato teórico de F.N., se trata de creer en el perspectivismo como una pluralidad interpretativa, que espera alcanzar a conjugar lo múltiple, lo plural y lo singular.

Aquí se debe aceptar un reposo de interpretación y al menos sospechar que ese perspectivismo nietzscheano, radicado en la multiplicidad de las observaciones posibles, pero que a su vez y prácticamente, casi burocráticamente localiza observaciones específicas, no sería más que un regio funcionalismo adaptable a toda interpretación para un sujeto, para este caso absolutamente individual.

Hay que recordar que el propio Zaratustra manifiesta que él ha llegado a su verdad por múltiples modos, perspectivas, observaciones; se trata de lograr las perspectivas en que conforman la lógica de lo individual y de la pluralidad, pero sin olvidar que, en última instancia, siempre se impone una referencia cabal, definitiva a lo singular nietzscheano.

La proyección de las perspectivas en el devenir esa calidad extraña del perspectivismo en F.N. debe ser tomada como una ontología del porvenir y allí el sujeto, el individuo es único y múltiple como resulta Zaratustra y allí reside la capacidad de percibir las diferencias, la diversidad de perspectivas, tanto para crear como para negar, como para criticar la verdad ofrecida.

Aparece así una sutileza de la diferenciación. Nietzsche no reposa sobre una distancia diferenciada de perspectivas también distintas de la sociedad y la historia que transcurre, sino simplemente y de nuevo, como interpretación de un recorrido del pensar individual.

El sujeto al final aparece como incesante acto de diferenciación y de terminación de clase, grupo o multitud. Es solamente su vida, como destrucción de formas, de discursos, de habla y de miradas oponiéndose solo, fuerte, potente, a la ratio, es decir a la regulación organizadora de la vida social. De allí la posibilidad histórica de la derrota, aunque el idealismo mágico, siempre halle nuevas metonimias de la libertad irrestricta, diferenciada, capaz de una perspectiva de progreso.

Ahora recapacitemos: si el perspectivismo, esa ilusión del porvenir, de la voluntad subjetiva, es libre, si allí el sujeto individualizado se pulsa a si mismo, remonta su discurso y su mirada, es bueno que sepamos quien le otorga esa capacidad de libertad. Para Nietzsche residirá en si mismo, que siempre ofrecerá un eterno retorno al esfuerzo crítico, alentar la metáfora del retorno eterno, para liberarse de condicionantes y ofrecerse para la autorecreación... Pero esa voluntad de poder no está ni radicada, ni sostenida exclusivamente por el sujeto. El ser está siempre determinado, es parte de la determinación fundamental.

Aquí es donde debemos reparar en la disociación teórica de Nietzsche, casi en su disrupción filosófica fundamental, aquella en que, desde su esteticismo creador, funda la libertad, como asociada a la movilidad plástico-estética de la voluntad y entonces otra vez, a la radicación extrema del sujeto irreal mágico.

Por eso es certero creer que Nietzsche, el filósofo de la magia singular del efecto dionisíaco, el del perspectivismo como proyecto individual al devenir, no quiera más que cambiar la vida del sujeto, del individuo que padece. No se trata de transformar al mundo y por lo tanto ese mundo impone determinaciones y la potencia final nietzscheana, busca alcanzar solo a algunas de sus determinaciones lejos de todo cambio social profundo.

Aquí se ubica con pasión dislocante, transgresora, pero siempre unida en exclusividad al sujeto, el concepto de espíritu libre, con la articulación de la autonomía ejecutada ante el disenso fundamental y la afirmación del discurso individual, singular.

Recordemos que F.N. en Humano demasiado humano, piensa en el espíritu libre, a aquel que cree, que piensa de otra forma que la que debería esperarse por su origen, por su inserción de relaciones, de su labor, de su tiempo... Primero es necesario pensar en tal forma diferenciada, borrar la relación causal estructural que determina tal espacio espiritual libre, para aceptar que así se construye una capacidad autónoma, como soberanía de la voluntad y autorecreación del sujeto. Esto es casi imposible si uno no piensa y acepta que el espíritu es una categoría adaptable

y además independiente, aun en su incontingenciabilidad atribuible, es decir un desarrollo condicional de situaciones mágicas.

Esa diferencia que contiene el espíritu libre nietzscheano, con disenso, diferencia con la realidad para afirmar su singularidad, será solo realizarse como vatimento autonómico, pero siempre como ser individual, pero persistiendo las condiciones reales que lo colocan en tal dependencia.

Se trata así de la autonomía que solo genera las condiciones histórico-sociales transformadas.

Así no hay diferencia individual liberadora, edificando una autonomía real. Solo vale la diferencia advertida por la multitud explotada, que construye su antagonismo sociohistórico y produce ese antagonismo de la multitud, con la clase trabajadora inexplorada y en pleno poder.

Para F.N. la singularidad presupone una libertad de voluntad que en realidad teórica, solo existe para el idealismo helénico-hegeliano. Tal libertad no puede llevar otra condición que estar articulada en las determinaciones que producen las condiciones biopsicosociales en las que se encuentra ligada tal singularidad.

Entonces la singularidad nietzscheana entendida como diferenciación obliga a ponderarnos como plurales, plenos de parcialidades y deudores de múltiples contingencias que nos lesionan, pero nos definen y nos licencian.

Todo juega en la consumación de la subjetividad, planteada como bordeada de relativizaciones, que nos hacen dignos de esas pluralidades de sentidos y contingencias. Para Nietzsche en concordancia con el superhombre, la subjetividad múltiple se expresará en el éxtasis de toda contingencia llevándonos a una localización sublime de intenso sentimiento de superación, a la eternidad del instante, como lo creería después Baudelaire, o antes a su intensidad suprema del eterno retorno. Si de superhombre se trata, este éxtasis obliga a una recurrencia, a la voluntad de reiteración que impulsa a la suprema aspiración que impulsa a la suprema aspiración de la eternidad. Para Nietzsche fue la plenitud-en.-el-deseo-de-la-diferencia...

Desde esa diferencia concibe la distancia suprema que pondera entre la tragedia que solo se viste de arte y la interpretación moral de la vida. Es la diferencia de una moral quieta que solo puede juzgar y el arte dionisiaco que juega, baila y festeja.

Sale con la plenitud-en-el-deseo a subsumir el odio al mundo, la maldición de los afectos, el miedo a la belleza y la sensualidad, en fin, eso que sintetiza en el nacimiento de la tragedia, como el anhelo de hundirse en la nada, como una voluntad de ocaso, desaliento, agotamiento, condenación terminante de la vida. La diferencia ha de ser terminante y bordeara el caos magistral que absorbe toda profundización de arte. Allí residirá la diferencia Servera, digna, insustituible, que traza un mínimo espacio, como unión-separación, como causa y rechazo entre la fuerza dionisiaca que ha sido convocada y la forma apolínea que podrá representarla, aun en tal leve diferenciación casi sublime.

Pero las diferencias serán ahondadas ante el llamado de la plenitud-en-el-deseo, deslizamiento infinito hacia el arte embriagador, que haga posible fundar esas diferencias, aquellas que drásticamente en La voluntad de poderío (p. 54) dice Nietzsche haber encontrado después de milenios enteros de extravío y equivocaciones, en el camino que lleva a un sí u a un no.

Esa diferencia nietzscheana se remite a enseñar el no contra todo lo que debilita, contra todo lo que agota y a enseñar el sí, hacia todo lo que fortalece, acumula fuerza, justifica el sentimiento de fuerza.

La diferencia, que llega en la plenitud-en-el-deseo conduce a la época del gran mediodía (La voluntad de poderío, p. 134), a la diferencia contradictoria fundamental entre civilización y ensalzamiento del hombre, con las condiciones exigidas de cualquier elevación de la cultura-arte, hacia “la multitud de sentidos del mundo como problema de la fuerza que mira todas las cosas bajo la perspectiva de su crecimiento...”

De allí la muerte de Dios, para saber que “nuestra religión, nuestra moral y nuestra filosofía son formas de la decadencia del hombre (La voluntad de poderío, 788)” El movimiento opuesto, de diferencia definida, es el arte, allí donde reside la “plenitud-en-el-deseo...”.

Del arte es de donde han de surgir dos estados de ánimo, el del sueño y la embriaguez. Dionisios otorga la facilidad de descubrir la sexualidad, la voluptuosidad. Estas fuerzas tampoco faltan en la condición apolínea, pero existen como otra diferencia de ritmo en los dos estados... (La voluntad de poderío, 792)

Sueño y embriaguez solo un eterno retorno hacia la exigencia de la areté, de la excelencia, de la perfección y belleza, que Nietzsche ubica detrás de la beatitud afrodisiaca... (799) una invocación del amor humano, de ese espacio del mundo hecho perfecto por el amor. En cada acto de amor, suprema aspiración del arte infinito, el eterno retorno del ser, la especie y la multitud que lo expresa.

En estas categorías reales reside aquello que Nietzsche atisba en el ser y que la historia expande en la determinación de la sociedad palpitante; de la sociedad que evidencia sus diferencias antagónicas.

Es cierto y la respuesta es categórica a la pregunta nietzscheana si el arte es una consecuencia del descontento que produce la realidad; pero resultará otra vez dubitativa, condicionada, si se responde a la segunda interrogación que acerca al arte como expresión del reconocimiento por una felicidad gozada (La voluntad de poderío. 840).

Para la primera pregunta aceptemos que el ser no es el pecador ante la realidad en tanto Dios no ha creado a Adán pecador, sino que primero creó el mundo y ... (ilegible).

Para Nietzsche ha de creerse que un artista romántico, es quien convierte en fuerza creadora su descontento, de pecador, de si mismo, pero con esa realidad también y para la segunda pregunta le alcanza al ser, el arte como reconocimiento de una felicidad gozada, de la plenitud-en-el-deseo, estamos frente a tal arte de la apoteosis, de un retorno al tono dionisiaco-apolíneo del arte.

El descontento, la apoteosis del arte, respuestas para el Dios ha muerto y transido del eterno retorno para terminar con la interpretación moral del mundo, contra tal insoportabilidad y de allí con el cristianismo como tentativa de dominarlo, la apoteosis nos lleva, a la nueva, al eterno retorno nietzscheano, del motivo retornado de crear, como “el deseo de rigor, de alcanzar la eternidad, de “ser”, o el deseo de destrucción, de cambio, de devenir...” (La voluntad de poderío, 841).

Para Nietzsche, el Nietzsche puro del poder del ser, este deseo de cambio, de devenir, de fuerza dionisiaca creadora, pero también del odio de los fracasados, no tiene otro destino que volver a crear, eterno retorno de la creación, el arte, la vida también la gratitud, el amor. Se vuelve a tratar de la pasión, la gran pasión del ser en plena conquista de la (ilegible)

Es así comprensible el final afirmativo de la voluntad de poderío como arte, señalando con plena convicción que:

“los artistas que subyugan, que en todo conflicto hacen resonar un acorde consonante, son lo que hacen también aprovechar las cosas de su propio poder y de su redención personal, expresan su más íntima experiencia en el simbolismo de la obra de arte, su crear es algo así como el reconocimiento por el hecho de ser” (La voluntad de poderío, 847).

Nietzsche será así la apoteosis del ser individual, rebelde infinito, libertario y creador exaltado a un modo de pensar “idealista...” (860) que alcanzará su culminación mágica en la construcción increíble del superhombre, un no-hombre, listo para la más grande de las luchas, con un arma nueva como necesaria. Ella servirá para provocar una decisión terrible: poner a Europa, lo dice en el final de su vida, frente a las consecuencias de tal lucha, o si su voluntad “quiere” el ocaso.

Ante ello exclamará en plena potencia de poderío: “antes la muerte que la mediocridad...” Su mundo es el dionisiaco. Se pregunta en definición final:

¿Queréis una solución para todos sus enigmas? ¿Queréis una luz para vosotros, oh desconocidos, oh fuertes; oh impávidos hombres de medianoche...?

“Este nombre es el de “voluntad de poderío”, y nada más... (1060)

Federico Nietzsche, a poco de crear esta decisiva obra de patetismo histórico, socrático, entrará definitivamente en las sombras de su locura, esa noche también individual, del ser único que creó y por el cual edificó una filosofía también del ser único, indeterminable, puro en su soledad. Murió en las horas del mediodía, su luz plena del nuevo día, entregando un ser que le quitó validez a los supremos valores de su historia y abrió la pregunta eterna del por qué, de tales valores.

Había pensado ya cerca de su penumbra, que todos los nombres de la historia... “son en el fondo yo...” involucrando destino, historia, determinación, todo en la identidad del ser, en la desmesura incontenible del sujeto. Así el destino parece reducirse en pleno delirio mágico, en un sueño lírico, en una irrealidad utópico-espiritual, camino a la propia insania... aquella que esta incapacitada de apelar a la sociedad que lo produjo...